



CIENCIAS,
LETRAS,
ARTES
É INTERESES GENERALES,

Toda la correspondencia se dirigirá expresamente al Administrador de la REVISTA DEL TURIA, Teruel.

No se devuelven los originales.

La REVISTA se ocupará de todos los libros y demás publicaciones científicas y literarias que se remitan á la Dirección.

Los autores serán responsables de sus escritos.

Véanse los precios de suscripción en la cubierta.

SUMARIO.

Crónica, por Ricardito.

D. León Ros y Blasco, por D. C.

A mi querido amigo y condiscípulo P. F.,
por D. Marcial Ríos.

Rossini en la intimidad, de «La Correspondencia Musical.»

Alcoholes y Aguardientes, por D. Pascual Adan.

Epigramas, por D. Antonio Valero.

Personalidades artísticas, por D. Martín Piñango.

Croquis Madrileños, por Ossorio y Bernad.

Miscelánea.—Anuncios, en la cubierta.

CRÓNICA.

HA fallecido recientemente, en Murcia, uno de los hijos de Teruel á quien la mayor parte de los aquí iniciados en la música y en la pintura deben su primera instrucción artística. Alejandro Lázaro y Julve, inspirado compositor melódico que conmovió los más tiernos afectos de cuantos oyeron sus bellas composiciones, y que todavía suelen oírse en esta ciudad, reunía, hace 25 ó 30 años, en su casa á cuantos demostraban afición y aptitudes para las bellas artes, y, sin

premio ni recompensa alguna, solo por amor á ellas, les enseñaba música y dibujo con la paciencia de un santo. Puede decirse que todos los que desde entonces más han sobresalido aquí en pintura é instrumentación, aprendieron de él lo más esencial. Buen amigo, amantísimo de su familia privada de bienes de fortuna y siendo empleado del Estado cuando empezó á regir la ley de presupuestos de 1876 hubo de abandonar su querida patria para trasladarse á otra provincia, y desde entonces siempre vueltos los ojos á su inolvidable Teruel, anduvo desempeñando destinos y comisiones á satisfacción de sus jefes que apreciaron, debidamente, sus condiciones de inteligencia, honradez y laboriosidad. Una repentina enfermedad ha cortado el hilo de su vida en Murcia cuando hacía muy pocos días que había tomado posesión del cargo de Oficial 1.º de la administración de Contribuciones en aquella Delegación de Hacienda.

¡Descanse en paz!

Anunciada está la tercera subasta del ferrocarril de Teruel á Calatayud, para el día 12 de Septiembre. Hacemos votos para que haya postor de verdad y cuanto antes sea un hecho la construcción y la explotación.

Se ha puesto á la venta *La Exposición Aragonesa de 1885-86*, notas crítico-descriptivas del certamen, escritas por nuestros compañeros en la prensa D. Rafaél Castro y D. Antonio Motos.

Los autores se propusieron abarcar en su libro todo lo referente á la Exposición Aragonesa; los premios de la segunda etapa no han sido aún acordados y aquel

justo deseo y esta inexplicable tardanza del jurado, darán al público explicación del retraso con que la obra se publica.

La Exposición Aragonesa de 1885-86 hace una descripción minuciosa de las instalaciones y razonada crítica de los productos, sin omitir un nombre ni pasar por alto una obra. De los datos aislados recoge impresiones generales, que formula en cada sección y resume al final en un capítulo de conjunto. Contiene además las listas de premios.

La obra, cuya edición ha sido costeada por la Diputación provincial de Zaragoza, forma un volumen en 4.º francés, elegantemente impreso, de cerca de 200 páginas, muy nutridas de lectura.

Se vende al precio de dos pesetas, en las administraciones del *Diario de Avisos*, Coso 100, y *El Diario de Zaragoza*, Coso 74, y en las principales librerías.

RICARDITO.

D. León Ros y Blasco.

EL suceso mas saliente en el curso necrológico de esta capital y de la diócesis, en esta quincena, ha sido el fallecimiento de D. León Ros, Canónigo Lectoral de esta Santa Iglesia Catedral, ocurrido en el día 2 del corriente.

Las virtudes insignes del ilustre Prebendado, su celo por la enseñanza de las ciencias eclesiásticas, y el engrandecimiento del Seminario de la diócesis, muévennos á insertar estos ligeros apuntes biográficos, en la seguridad de que han de interesar á nuestros lectores.

Nació el Sr. D. León Ros, en Allepuz, pueblo de esta provincia en el año 1807. Siendo muy niño fué, por una imprudencia, arrojado á la acequia molinar, librándole de una muerte segura una mano caritativa. Esta circunstancia unida á la inclinación natural para

seguir lo más perfecto, y, sobre todo á que se sentía llamado por Dios influyeron poderosamente en el ánimo del joven León á abrazar el estado eclesiástico siguiendo la carrera en el Seminario de Teruel, con tal aprovechamiento, que alcanzó el honor de ser uno de los alumnos más aventajados y sobresalientes en la época en que nuestro Seminario figuraba á la cabeza de los primeros de España.

Ordenado de Sacerdote, fué nombrado por concurso Cura de las parroquias de Escriche y Villarquemado. Escusado es decir los excelentes frutos que recogió en su apostólico ministerio, dadas las dotes que adornaban á tan insigne Pastor; baste con señalar que la Parroquia de Villarquemado que fué la que dirigió por más tiempo era el modelo de la diócesis, que sus feligreses le amaban como á cariñoso padre, y que jamás podrán olvidar el nombre de su cura D. León Ros. Pero el estrecho círculo de su parroquia rural era insuficiente para su actividad. Este astro luminoso debía girar en una órbita más dilatada, y al efecto, Dios que le tenía dispuesto para más altos fines le preparó un medio en la vacante de la Canongía lectoral de la Catedral de Teruel. Firmó la oposición mereciendo por sus brillantes ejercicios ser agraciado con la prebenda, cuyo oficio es desempeñar la enseñanza en el Seminario de la diócesis.

Desde luego, el nuevo Lectoral encargóse de la cátedra de Teología Moral como más acomodada á su carácter y á la experiencia adquirida en el ministerio parroquial. Amaba á la diócesis con delirio, sabía que todo el bien que ésta debe reportar depende de tener sacerdotes virtuosos é instruidos en el régimen de las almas, como dice San Ligorio, y de ahí que no perdonase medio ni sacrificio para que sus discípulos saliesen bien instruidos en su asignatura.

El Ilmo. Sr. Obispo D. Francisco Gimenez y Muñoz, uno de los más doctos que han ocupado la silla de Teruel, y que desde su llegada había fijado su particular atención en el engrandecimiento del Seminario, comprendió que ninguno mejor que el Sr. Lectoral podría llenar sus aspiraciones, y al efecto le nombró su Rector.

Posesionado del nuevo cargo, rodeó-

se de un claustro de excelentes profesores, cómo que todos ellos han ocupado y acupan actualmente altos destinos en la Iglesia Española, y con la cooperación ilustrada de estos y el celo que le caracterizaba, logró realizar los proyectos que abrigaba para engrandecer el establecimiento. Decoró las cátedras, aumentó los gabinetes de Física, Química é Historia Natural con los principales aparatos y colecciones de la ciencia moderna: ordenó la Biblioteca en la hermosa estantería que hoy tiene y estableció las academias Teológicas para que los jóvenes aspirantes al Sacerdocio se amaestraran en sus luchas científicas para combatir el error y adquirir la perfección en el arte silogístico que tantos días de gloria habian dado al establecimiento. Severo en la disciplina y ordenanzas de la casa, era afable y cariñoso con los jóvenes: ejerciendo tal ascendiente y autoridad que solo el pensamiento de disgustarle bastaba á contenerlos en el cumplimiento de sus deberes. ¡Cuántas veces en el solemne acto de imponer la investidura del manto á los nuevos aspirantes, vimosle al dar el abrazo y ósculo de paz, correr por sus hermosas mejillas las lágrimas que eran la expresión del gozo y ternura de su alma! En la parte material de la casa llevó á cabo ventajosas innovaciones. Construyó el magnífico salón que sirve hoy de vela, el gran depósito de aguas ó sea el algibe que surte con abundancia á las necesidades de la limpieza: sustituyó la cocina antigua con la económica que hoy sirve. En una palabra, nada omitió ni dejó de hacer dados los elementos con que pudo disponer para levantar el Seminario á la altura de los mejores de su clase.

De costumbres austeras y recta conciencia, sóbrio y parco en su comida y vestido era afable y simpático para el trato social; de buen humor, amenizaba su conversación con anécdotas y chistes que tenían pendientes de sus labios á cuantos tenían el honor de escucharle. Odiaba por instinto la pasividad y su existencia se hallaba dedicado al trabajo constantemente. El tiempo que le sobraba después de haber cumplido sus obligaciones, lo empleaba en el confesionario de las religiosas y público, en el estudio al que tenia par-

ticular afición y en la gestión de los negocios que se le confiaban: hasta la última noche en que le acometió el accidente que le ha conducido al sepulcro estuvo estudiando, sorprendiéndole haciendo oración delante de una imagen de Jesús crucificado que tenía en su dormitorio.

Su muerte, la muerte del justo ha sido llorada por cuantos tenían la honra de conocerle, y bien claro lo ha manifestado Teruel en el acto de acompañar sus restos mortales á la última morada.

Deja un vacío difícil de llenar; así es que bien puede asegurarse que la Diócesis de Teruel está de luto porque ha perdido uno de sus más poderosos auxiliares, el Cabildo un ilustrado compañero y el clero el consultor de sus dudas y su padre cariñoso.

¡Descanse en paz el ilustre prebendado y desde la mansión de los justos donde seguramente mora, pida al Señor por nosotros y por esta desventurada tierra á quien tanto amó.

R. I. P.

D. C.

A MI QUERIDO AMIGO
Y CONDÍSCIPULO P. F. (I)

Chico, no es para contado decir lo que me reí cuando tus versos leí;
¡Si vieras lo que han gustado por aquí!...
Sobre todo, el *humorismo* de aquello de que *al pegar* es muy fácil resbalar y *pegarse uno á sí mismo*....
¡Vamos! ¡aquello es *la mar!*
En toda la población no hay una persona, chico, que no te de la razón.
...Mi enhorabuena, Perico! (?)
.....
.....
¿Conque echándolas de amigo defiendes al buen Martín para quedarte con mi go?
¡Qué pillín!

(I) Contestación á los versos que me dedicaba en el último número de esta REVISTA.

Y... ¡con qué valor defiendes á Muñoz de mis censuras!
¿Sabes que he visto que *entiendes* mucho, mucho, de *pinturas*?
Lástima que hayas perdido el buen gusto entre esa gente; de no haberte pervertido yo creo que hubieras sido un pintor *ultra-emistente*.
Digo esto (me explicaré,) porque por lo que se vé en tus versos, para tí no puede un cuadro juzgar el que no sepa pintar;

¿No es así?

Luego, según tu opinión, tú, que juzgas los pintados, tendrás ya cuadros premiados en alguna exposición.

(Ya me avisarás lo que haya cuando tengas ocasión.)

En esto, siento no estar conforme con tu opinión; es una rareza ¡vaya!

Te suplico que en algún rato sin ocupación, te entretengas hojeando un Manual de Retórica ¿eh?

Te se ha debido olvidar la *Crítica*; entérate, porque es feo no entender de aquello que hablando está, un chico ¡que tiene yá el Grado de Bachiller!

Por lo demás... ya he podido conocer que no has sabido leer mis versos... ¡lo siento!

¿Quién te manda á tí pensar, teniendo tanto talento,

que yo creo que Muñoz es tan solo un *pintorcico de tres al cuarto*? ¡Perico! (?)

¡Por Dios, no seas atroz!

¡Si dije que era al pintar, como pintor un portento!!

¿Llama mal pintor el que dice luego á ese Señor,

...en fin Muñoz, yo bien sé que Usté es todo un buen pintor?

Yo no hablo de su pincel;

yo sé que es *toda una gloria*, yo hablé solo de la *historia*,

de los *Novios de Teruel*.

Nada más de los detalles históricos; pongo en frente de una hermosa *ejecución* (para el arte sorprendente)

la histórica tradición

que se oye en todas las calles,

y en los montes, y en los valles,
de esta tierra de Aragón.

Por cierto que se me antoja
que de esa historia, querido,
que ha visto escrita cualquiera,
por lo visto no has leído
ni una hoja,

¡ni siquiera la primera!
De haberla leído, no
me dirías *si sé yo,*
si iba de negro Isabel.....

¡Pues no hay *historia* ó lo sé!
En fin, ya te mandaré
los Amantes de Teruel, (1)
y entonces te enterarás
de ese detalle y de todos
los demás,

y mejor comprenderás
lo de que *hay exposición*
al pegar palos..... Verás
como tenías razón.....

¡Pero en eso nada mas!
Y acabo; yo en Madrid ví
el cuadro ese discutido,
y como no sé si has ido
por allí,

tengo la curiosidad
de saber si lo has visto ¿eh?

Ya me dirás la verdad
que á nadie se lo diré.

¿Los versos los escribiste
nada más por escribir,
por matar horas perdidas,
ó es que alguna vez oíste
de ese cuadro algo decir
y lo conoces *de oídas?*

Deseo me satisfaga
tu amistad ¡Por Belcebú!...

¿O han llevado el cuadro á Aliaga(?)
para que lo juzgues tú?

MARCIAL RÍOS.

ROSSINI EN LA INTIMIDAD

LA reciente traslación de los restos de Rossini á Florencia, da un atractivo de actualidad á las páginas escritas por M. E. Michotte, uno de los más íntimos amigos del gran maestro.

Sabiendo, —dice el aludido escritor,— hasta qué punto eran comentadas y á veces desnaturalizadas por la publicidad las palabras de Rossini, manteníase éste

(1) (La historia de)

á la defensiva. No obstante, cuando quería *entregarse* nada había comparable á su conversación.

Después de un paseo á que Rossini se había *entregado*, fué cuando M. Michotte escribió el curioso capítulo que á continuación transcribimos:

Habían enviado desde Italia al célebre compositor un documento, según el cual uno de sus antepasados llevó el título de conde Rossini y fué senador.

A este propósito decía desdeñosamente el maestro:

—¡Conde Rossini!

¿Y qué me importa á mí todo eso?
¡Es decir que ha habido gente demasiado estúpida para tomarse la molestia de enviarme ese ridículo documento!

¡El conde Rossini!

¡Conde Rossini... es decir, algo así como *conde Almaviva*, *conde Ory*...

¡A menos que no deba considerarlo como un título expiatorio que he merecido por haber dado vida á aquel par de condes tunantes!

¡La gloria! Sí, hablamos de ella. Yo no acierto á comprender qué clase de bienestar procura la gloria á sus elegidos, ó mejor dicho, á sus víctimas, porque, francamente, en lo que á mí respecta, la gloria me ha aburrido mucho siempre.

Aparte de alguna condecoración utilísima, fuerza es confesarlo, para pasar la frontera de país á país, todo lo que yo he ganado con la gloria se reduce en sustancia á muchos alfileres para la corbata, que no he usado nunca, y cierto número de cajas de tabaco poco útiles y de las cuales no me he servido jamás.

Esto es para mí lo más notable que la gloria me ha producido.

En cuanto á lo demás, sucede con esto lo que con la influencia política: el depositario de una y otra debe ponerse á disposición de una legión más feroz que una horda de caníbales, y es seguido por los pedigüeños, los acaparadores, los importunos.

De propósito olvido á los cazadores de cruces, á los que hacen *la estación de la cruz*, como solía decir mi amigo Mery. Apenas adivinan en uno que tiene influencia, estos señores se vuelven implacables. Nunca tienen bastante. Ni un calvario, por bien provisto que estuviera, podría saciar su apetito. Si se instituyese

la orden caballeresca de *Los dos ladrones*, andarían á puñetazos para ver quién lo-graba entrar en ella.

¡Cuántos de estos pretendientes he conocido, y de qué manera he tenido que poner *mi gloria* á su disposición! Y no hay medio de desembarazarse de ellos. Más numerosos cada vez, vienen y vuelven á la carga continuamente. No hay nada que los contenga.

Pero entendámonos. No deis á mis palabras una interpretación que pueda hacer suponer en mí un sentimiento de desprecio hácia los justos homenajes que la admiración pública da á aquellos que los merecen. No es esta mi intención. Pláceme, sin embargo, establecer bien mi incapacidad personal para gozar de tan grandes favores y desealos; así es verdad (y puedo atestiguarlo en toda conciencia) que con deliberados propósitos no he pretendido nunca obtener tales favores.

Y he tenido miedo á la *gloria*, porque en seguida he visto claro.

¡Ay del desgraciado de quien se apodera! Atado de piés y manos lo arrastra delante de aquel público de quien, sin embargo, no es más que la hija... natural, por no decir algo peor. ¡Ay de él si tiene una debilidad, si por una ú otra razón no gusta su obra á las masas que nada excusan ni perdonan!

Hé aquí al paciente, víctima del primer recien venido, que por unos cuantos reales gastados al comprar su billete, adquiere desde luego la omnipotencia de un juez que hace al minuto lo que el periódico hace en grande, regalando ó negando aquella *gloria* tan deseada... Olvidaba las personas provistas de billetes de favor; verdad es que estas niegan siempre, y no regalan nunca.

Para el que ha visto de cerca estas cosas, no hay medio de conservar la ilusión. Hoy le adulan, mañana le soportan ó le vilipendian, pronto ó tarde le olvidan... Tal es la ley general.

Además, me he preguntado siempre: ¿para que sirve? Por esto no he pensado nunca en procurarme la alegría de buscar un artículo de periódico que me fuese favorable, ó pagar un periodista que me diese bombo. En cuanto á hacer imprimir escritos míos para explicar mis *crescendos* y mis ritmos... lo único que he creído deber explicar al público á mi manera, es la *calumnia* por medio de mi buen amigo y camarada don Basilio.

No han dejado de censurar mi silencio después del *Guglielmo Tell*. Me han tratado de excéptico, de ingrato, de falso artista. Yo no era digno de sentir, de tener ese algo que todos han convenido en llamar genio.

A propósito de esto, voy á dar una opinión mía, suponiendo que se me conceda el derecho á tenerla y á juzgarme á mi modo.

Tengo facilidad ó cierta dosis de buen gusto,—por lo menos así lo creo yo—y un instinto particular para acordar las voces. Ni más ni menos.

Dad á esto el nombre que os plazca. Yo he cantado como canta el pájaro, porque cantar era una necesidad de mi naturaleza, sin inquirir el por qué y cómo cantaba, sin cuidarme de pensar si cantaba como cantan los tontos ó no.

Me han llamado innovador, concediéndome así un mérito en el cual no ha tomado mi voluntad la más pequeña parte. Al principio de mi carrera no he pensado nunca, cuando escribía una ópera, en hacerme Mesías de una nueva religión, por la sencilla razón de que no he sido nunca un sabio. Porque hace falta ser muy sabio y también tener hacia sí mismo todas las consideraciones con que hay que tratar una superioridad sin límites para atreverse á aspirar á tan altos destinos, y extenderse á sí propio en debida forma un diploma de jefe de escuela ó de pontífice infalible.

En cuanto á mí, era hijo de la naturaleza.

Si he introducido en mi arte formas que se dicen nuevas, incluso mis *crescendos* y mis *felicidades* es porque me parecía que hecho de otro modo hubiera resultado peor.

Weber, á quien decía yo esto mismo, ponía en duda mi buena fé. No me quiso creer, é hizo mal.

Para poder contestar á los improprios que me dirigen, quisiera que me probasen primero por qué motivo personal hubiera debido continuar escribiendo cuando ya me había pasado el deseo de hacerlo, por las razones que luego aduciré.

Como quiera que sea, el deseo de la riqueza mucho más que el de la gloria, no podía tentarme á escribir.

En cuanto á la gloria, ya he dicho bastante.

Por lo que atañe á la riqueza..... de 1812 á 1829 he escrito más de cuarenta

spartitos. Las óperas que compuse en Italia en un periodo de once años, me produjeron unas 60.000 liras, y esta ganancia me procuraba el medio de dar á mis pobres padres la satisfacción de poder tener un plato de carne todos los días en su mesa. En cuanto á mí, me ingeniaba para que me convidasen. Además, algunos grandes señores me regalaban trajes azules con botones de oro, y el reflejo brillante de aquel oro me consolaba de la pena de no sentir sino muy de tarde en tarde en mi bolsillo el sonido de aquel metal.

Las óperas que escribí en París me produjeron más. Bien es verdad que mi primer editor no hacía entonces mucho negocio con mis *spartitos*.

Mi estancia de cinco meses en Londres me dió los primeros elementos de riqueza. En aquel viaje saqué 175.000 liras que la Colbrán y yo habíamos ganado, ella cantando, y yo cantando y acompañando en los conciertos y recepciones.

La aristocracia de Londres se había puesto de acuerdo para ofrecerme antes de que yo partiera un regalo pecuniario, pero lo rehusé; no había hecho á la nación inglesa ningún servicio que pudiese justificar liberalidad semejante. Además, en vez de componer no había hecho más que descomponer en Inglaterra. Vereis cómo:

Había empezado á escribir una ópera sobre un argumento titulado *La hija del aire*; pero acabado el primer acto, no proseguí por distintas causas. Entonces aproveché para otras obras los trozos que para aquéllas había escrito; tengo, pues, razón para decir que *descompuse*.

De regreso en París, merced á una gran economía y á una acertada colocación de mi dinero, pude enseguida hacerme una posición que aseguraba mi porvenir. No deseaba otra cosa.

Veamos ahora la gran cuestión de mi silencio, bajo distinto aspecto. Han creído buscarme la lengua sosteniendo la teoría de que el artista se debe á su arte y no tiene el derecho de descansar. (Y notemos de paso que los que gritan más fuerte son los holgazanes, pero prosigamos.) Este es un gran argumento verdaderamente maravilloso. Es decir: «Nos habeis divertido durante un cuarto de siglo; pues bien, continuad. ¿Deseais descansar? Pues no, no teneis derecho á ello; yo necesito que me divertáis. Y si no lo

haceis, iré contando á todos mis compañeros que sois un fastidioso, que no amais nada á nuestro arte.»

En otros términos quiere esto decir que para poder ser artista hasta la punta de los pelos, hace falta ser como un payaso, saltar como él, y luego saltar más, y luego más, hasta que por fin, un día el saltarín se rompe el cuello. Entonces somos artistas, entonces amamos nuestro arte.

Pues bien; á mí no me ha seducido esta heroica perspectiva. Confieso, en verdad, que nunca tendré el valor de amar mi música hasta ese punto. Porque, después de todo, mi música, la que me es personal, me interesa muy poco. Yo soy como don Juan, adoro la música de los demás cuando es buena y... cuando la comprendo.

El público se engaña al creer que los compositores están en el séptimo cielo cuando oyen su música. No es verdad. En tal caso los compositores no se ocupan más que de la atención que se les preste, y del papel lisonjero de ídolos incensados que representan á conciencia durante todo el desarrollo de sus *diesis* y sus *bemoles*. Buscadlos en su cuarto, lejos del público, frente á frente con su música... y quizá les parezca fastidiosa.

Digámoslo sinceramente. ¿Qué impresiones nuevas, qué revelaciones, qué de imprevisto puede esperar hallar el compositor en una música que él mismo ha hecho, meditado, atormentado, como tantas veces adaptan á sus óperas algunos colegas míos?

Sucede con la inspiración de una ópera como con la uva de que el vendimiador saca su vino. Cuando el jugo se exprime, no queda más que el pellejo. En cuanto al vino puede probarse si es bueno antes de echarlo en la bota; después atañe á los demás encontrarlo ó no de su gusto.

Yo no puedo menos de comparar un compositor admirado de su música sinó con aquellos fakires indios que permanecen en contemplación continua de su dios.

En cuanto á mí, he experimentado siempre al componer un gran gusto, cuando podía trabajar sin pie forzado. Las escenas bufas me divertían hasta el punto de que no tengo inconveniente en decirlo, y las situaciones dramáticas me exalta.

ban hasta darme fiebre. Esforzábame por contenerme al escribir el «*inmóvil resto*» del *Guglielmo*, y derramé lágrimas en el terceto del segundo acto; mientras componía el *Asilo hereditario* estaba más conmovido de lo que puede imaginarse. Aquella situación dramática me llevaba con la fantasía al lado de mi pobre padre, que vivía lejos de mí en Bolonia, y allí permanecía solo, inconsolable, después de la muerte de mi querida madre...»

(Correspondencia Musical.)

ALCOHOLES Y AGUARDIENTES

Comerciales.

(Continuación.)

II.

EL alcohol se obtiene de todas las sustancias que contengan azúcar ó sean susceptibles de convertirse en un azúcar especial llamado *glucosa*, experimentando después la fermentación llamada alcohólica, es decir, la conversión del azúcar en alcohol y ácido carbónico. (I)

Verificada esta fermentación y desprendido el ácido carbónico, no hay más que destilar, es decir, aislar con ayuda del calor y en vasijas cerradas la parte más volátil, el alcohol, dejando como residuo las sustancias fijas que le acompañaban.

El líquido que primeramente sirvió para la obtención del alcohol fué el vino, y el *alambique* común el primer aparato que se empleó en su destilación. Nos ocuparemos primeramente de la destilación que supone las materias destilables dispuestas ya para ello, antes de tratar de otras que como las azucaradas, feculentas ó amiláceas exigen previamente operaciones intermedias.

(1) Nada decimos de otros productos originados en esta fermentación como la glicerina, ácido succínico, enántico, etc., por ser secundarios y en corta cantidad.

Prescindiendo de las sales y de las partes sólidas que contiene el vino de donde se ha de extraer el aguardiente ó el alcohol, diremos, que es una mezcla en proporciones desiguales de agua y alcohol; y que destilar ó *colar*, como dicen algunos, es aislar el alcohol del agua. Esta se convierte en vapor á 100 grados y el alcohol á 78; produciendo, pues, una temperatura superior á 78 ó inferior á 100, tendremos el alcohol separado del agua. Si ahora hacemos pasar el vapor alcohólico á un medio más frío que aquel en que tuvo lugar su producción, se condensará y pasará á ser un líquido. Se necesitan, pues, tres instrumentos esenciales para ejecutar este aislamiento: 1.º una caldera para producir los vapores de alcohol; 2.º una cubierta ó tapadera, de cuya bóveda arranca un tubo para recibir y conducir los vapores producidos, y por último, un refrigerante—que no es más que un tubo arrollado en espiral y contenido en una tina llena de agua fría.—al que llegan los vapores para ser condensados y liquidados.

Estos tres instrumentos constituyen el alambique simple ú *olla*. Bien manejado este aparato es capaz de dar productos de tan buena calidad como los obtenidos en un destilatorio de Egrot ó de Savalle, especialmente cuando no se destinan más que á la preparación de aguardientes. En él, sin embargo, no deben destilarse ó quemarse más que vinos.

Para una explotación industrial tampoco vale; es defectuoso porque saca el producto de muy pocos grados y es menester volverlo tres ó cuatro veces á la caldera para destilarlo nuevamente y darle la concentración ó graduación necesaria. A esto se llama *rectificar*. Además, no produciendo efecto útil el refrigerante, sino manteniendo por medio de la renovación constante del agua una temperatura lo más baja posible para que se condensen los vapores en la espiral por donde circulan, se pierde todo el calor transmitido á esa agua. Otro de sus defectos consiste en que los residuos ó vinaza que quedan en la caldera, después de extraído el alcohol, han recibido una suma de calor que se pierde también cuando se reemplazan por nuevas porciones de líquido á destilar.

Para obviar, pues, estos y otros inconvenientes se han introducido en el alambique tantas modificaciones, que para des-

cribirlas sería menester mucho tiempo y además abusar más de lo que estamos abusando, de la paciencia del lector. Nos contentaremos con indicar, que estas modificaciones han llegado desde el *calienta-vinos*—especie de cuba llena de vino colocada entre la caldera y el refrigerante y atravesada por el tubo conductor del vapor alcohólico—que ayuda á la condensación al mismo tiempo que aprovecha el calor latente abandonado por el vapor, hasta los aparatos de destilación continúa de Egrot y Savalle, de los cuales vamos á dar una idea.

La construcción del aparato destilatorio de Egrot, está fundada esencialmente en el contacto directo y múltiple del vapor acuoso á baja presión con el líquido alcohólico que se quiere destilar.

Consta de una caldera de cobre provista de un tubo sifon para la salida continúa del residuo ó vinaza, y de un conducto para vaciarla completamente cuando se necesita: además lleva una grande abertura para limpiarla, que se cierra por medio de un gran tapon. Encima de esta caldera encaja una columna de destilación compuesta de 3 á 5 discos ó platos agujereados en forma de criba, colocados unos encima de otros, comunicándose interiormente, y por los que circula el vino ú otro líquido alcohólico que se trate de destilar. Sobre el último disco adapta una cubierta ó capitel que sostiene una columna de rectificación, de cuya bóveda arranca un tubo en forma de cuello de cisne, que comunica con un serpentín rectificador—que hace al mismo tiempo el papel de *calienta-vino*,—encerrado en su correspondiente cubierta: éste serpentín *calienta-vino* tiene colocado inmediatamente debajo, casi formando un mismo cuerpo y en comunicación, otro serpentín refrigerante, por cuya extremidad sale el alcohol ó el aguardiente.

El rectificador *calienta-vino* vá provisto de un tubo en forma de embudo, cuya parte superior se eleva unos 15 centímetros más que el resto del aparato, y la inferior, llega hasta cerca del fondo del serpentín refrigerante. Dominando á este tubo en forma de embudo que ha de servir para cargar el aparato, se halla el depósito del vino ó líquido fermentado á destilar, y que de antemano se llena sirviéndose de una bomba. Este depósito suele llevar un recipiente con grifo regulador de la salida del líquido, provisto

de un cuadrante que sirve de guía al encargado de destilar.

Cuando se quiere poner en marcha este aparato, se empieza por llenar el depósito del líquido fermentado que se vá á destilar; se abre el grifo regulador que viene á coincidir con el tubo en forma de embudo y el líquido cae al fondo del recipiente que encierra al serpentín refrigerante, de aquí pasa por la comunicación al serpentín *calienta-vino*, que como hemos dicho se halla colocado encima del refrigerante; cuando llega á la parte superior del *calienta-vino*, un tubo descendente y encorvado le pone en comunicación con el primer plato ó disco, de este pasa al segundo, al tercero, etc., sin dejarle llegar á la caldera hasta que esta no haya empezado á producir el vapor de agua.

Cuando el aparato ha de funcionar á fuego desnudo—que es lo más general,—se llena la caldera de agua introduciéndola por la abertura que tiene para limpiarla; se tapa y se enciende el fuego.

El agua hierve pronto y los vapores que produce pasan por los discos ó platos que contienen el líquido fermentado despojándole del alcohol, cuyos vapores subiendo á la columna rectificadora se despojan en ella de la mayor parte de su acritud; de aquí pasan por el tubo de cuello de cisne al serpentín rectificador donde se condensan en parte, y, se concentran más ó menos á voluntad del destilador, hasta que por último llegan al serpentín refrigerante, del que salen totalmente condensados, convertidos en líquido, por un tubo que atraviesa una probeta ó vaso de cristal, donde un alcoholómetro indica la concentración del producto, aguardiente ó alcohol, que es llevado á pipas diferentes según el grado marcado. Hemos dicho que á voluntad del destilador se concentran más ó menos los vapores alcohólicos al atravesar el serpentín del *calienta-vino*, porque en la parte media superior de este hay dos ó tres tubos que parten del serpentín con grifos de retrogradación por los cuales, abriendo ó cerrando, pasan ó no pasan por segunda ó tercera vez los alcoholes flojos á la columna rectificadora donde precisamente han de ganar grados.

Obsérvese que el vino ú otro líquido fermentado, sigue una marcha en sentido opuesto á la del alcohol hasta que llega á la caldera, de la que no teniendo más

espíritu que dar sale convertido en vinaza por el tubo sifon.

El líquido vinoso que desde el depósito cae al fondo del refrigerante continuamente, és el que más frío se conserva de cuanto llena el aparato, porque es el último que recibe la acción del calor latente que abandonan los vapores alcohólicos al condensarse; todas las demás capas de líquido, progresivamente van adquiriendo mayor temperatura, y haciéndose por la dilatación específicamente más ligeras ocupan siempre la parte superior; de manera que el líquido más caliente es el primero que llega á circular por los discos, en los cuales por su especial construcción presenta tantas superficies á la evaporación que en muy poco tiempo queda privado de todo el alcohol que contenía.

Véase como en este aparato al agua que servía en el alambique común para enfriar los vapores alcohólicos, se ha sustituido el vino ú otro líquido alcohólico, el cual, al mismo tiempo que llena aquella indicación se vá calentando para poco despues convertirse en alcohol con notable economía de combustible.

Puesto en marcha el aparato no hay más que tener cuidado de que el grifo regulador no dé más ni menos líquido á destilar, que el necesario para obtener una salida constante de aguardiente ó de alcohol.

Este aparato se recomienda por la sencillez de su construcción y el reducido espacio que ocupa. La caldera con los discos y la columna rectificadora puede asentarse en un buen hornillo sobre mampostería, y cerca, sobre un plano un poco más alto, el condensador calienta-vino y el serpentín refrigerante unidos á la columna rectificadora por medio del tubo en forma de cuello de cisne.

Da muy buenos productos porque destilando al vapor y no permaneciendo el líquido alcohólico expuesto á la acción calorífica más de 15 minutos, los aceites empireumáticos que suelen dar mal sabor al alcohol no han podido apenas formarse.

Montado este destilatorio con tornillos y sin ninguna soldadura de estaño, puede limpiarse cuando se desee sin ningún inconveniente. Mr. Egrot construye estos aparatos en diferentes tamaños pudiéndose obtener según su magnitud, y en veinticuatro horas, desde 2.000 litros hasta 100.000, de alcohol de 70° á 90°.

El aparato de Mr. Savalle tiene mucho de común con el de Egrot; se diferencia sin embargo, en que el de aquel lleva un regulador automático que puesto en comunicación con la caldera que produce el vapor, indica al encargado de dirigir la destilación no solamente si ésta se lleva con mucho ó poco fuego, sino también la presión y la velocidad de la circulación de los líquidos alcohólicos en los límites más favorables para una buena operación: lleva también una probeta aforadora, cuya construcción, fundada en el derrame diferencial de los líquidos por un orificio dado á diferentes presiones, sirve para indicar exactamente la cantidad de alcohol producida en cada hora. Se la puede considerar como un contador.

Mr. Savalle construye también aparatos destilatorios locomoviles, de gran utilidad. Pueden trasladarse facilmente en un carro y destilar en 24 horas de 12.000 á 15.000 litros de vino. Cuestan 10.000 pesetas.

De las sustancias que naturalmente contienen el alcohol como el vino, la cerveza, la sidra, etc., solo se destilan, especialmente en España, para elaborar aguardientes, el vino y los residuos que deja, llamados *brisa* ó *casca*. Hoy apenas se destila vino para aguardientes por el buen precio que de pocos años á esta parte ha tomado aquel caldo lo uno, y lo otro, por la baratura de los aguardientes de fábrica. Tal vez dentro de pocos años haya necesidad de quemar el vino y dar barato el aguardiente, si se quiere sacar alguna utilidad de tantas plantaciones de vides, como se están llevando á cabo.

Únicamente se destila algo de vino en aquellas comarcas donde las vías de comunicación son tan primitivas, que hacen imposible el transporte ni aun en carro, resultando el porte á lomo sumamente caro. En tales casos, quien tiene por ejemplo 1.000 cántaros de vino los reduce á 240 ó 250 de aguardiente y los portea en regulares condiciones.

También se quema vino cuando se avinagra, por no perderlo todo. En este caso se debe neutralizar el ácido acético por medio de un carbonato de muy poco precio, como la creta ó las cenizas, porque si se destilara sin esta precaución, el producto, ó sea el aguardiente, siempre conservaría la acidez del vinagre aunque se separaran las primeras porciones que pasan en la destilación.

Conviene emplear el alambique comun

para hacer aguardiente de vino, cuando lejos de querer separar del alcohol los aceites esenciales y éteres que forman parte del vino, se procura por el contrario conservarlos á fin de obtener ciertos aguardientes con sabor y aroma especiales que aumentan su sabor y estima. Tal sucede con el *cognac*, aguardiente de mucha fama que se destila en Charente superior é inferior, departamentos de Francia. Las calidades que tanto se aprecian en el *cognac* y su particular aroma, dependen esencialmente del vino que se produce no solamente en la localidad que lleva su nombre, sino en otras poblaciones del mismo departamento. Este vino es muy abocado y la vid que lo produce crece en terreno seco y calcáreo. (Aragó)

La mejor ó peor calidad del vino empleado para la obtencion de aguardientes, siempre influirá en la mejor ó peor calidad del producto: y si esto sucede con los vinos en sus diferentes tipos, con mayor razón tiene lugar cuando se fabrican con sustancias diferentes del vino; llegando á tal punto estas diferencias, que al paso que los aguardientes y alcoholes procedentes de vino, de azucar, de caña, de zumo de palma y otras varias frutas azucaradas, son agradables, los procedentes de melaza de remolacha, de gamon, de jarabe de fécula, etc., son de un sabor tan ingrato que no sirven para bebida, á no ser que se les someta á largas y difíciles rectificaciones. (Aragó)

De las brisas ó residuos que quedan en la elaboración del vino también se hace aguardiente; pero es tan poco el cuidado que generalmente ponen en esta operación cosecheros y fabricantes, que el producto que obtienen es de lo más malo que se conoce; pudiendo mejorarlo facilmente como vamos á indicar.

En esta comarca, generalmente se hace el aguardiente de brisa de la manera siguiente. Despues de prensados los residuos del vino compuestos del ollejo, semillas, escobajo, cierta cantidad de azucar de uva no descompuesto por la fermentación, todo mezclado con cierta cantidad de tártaro rojo precipitado del mosto al tiempo de fermentar, se suelen dejar amontonados algunos días en contacto del aire que por la acción de su oxígeno convierte cierta cantidad de alcohol, primero en aldehido y luego en ácido acético, lo cual es causa no solamente de que haya pérdida de materia alcohólica sino de aumentar una mala cualidad

al producto, la acidéz. Del montón se trasporta á la fábrica, vertiendo en la caldera del alambique una cantidad suficiente para llenar las tres cuartas partes de su capacidad, y se cubre de agua. Se tapa, y, por la acción del fuego desnudo empieza la destilación. Como la brisa se adhiere á las paredes de la caldera y especialmente al fondo, se quema y produce cuerpos pirogenados que aumentan el sabor repugnante del producto.

Debía empezarse por evitar en cuanto fuera posible el contacto del aire con la brisa, encerrándola en grandes depósitos de madera, mejor que de mampostería, someterla allí á un lavado metódico para que fuera cediendo al agua toda su parte alcohólica, y destilar por último esta agua como si fuera vino. Siguiendo este procedimiento se obtiene mas aguardiente y mejor.

Los que no quieran entretenerse en estos lavados á pesar de sus ventajas, deben por lo menos poner en la caldera un falsa fondo ó diafragma, colocando encima la brisa para evitar su inmediato contacto con el fuego.

El mejor procedimiento para aprovechar el alcohol de las brisas, consiste en la calefacción por medio del vapor, lo cual no es difícil ni costoso.

(Se continuará.)

PASCUAL ADAN.

EPÍGRAMAS.

«Salvo un pequeño accidente
Que tuvo con Juan García,
Decía el necio Vicente,
No hay mujer como la mía
Desde el Oriente al Poniente»
Y escuchándolo Gaspar,
Dijo, perdiendo la calma:
Si se llega á *accidentar*
La mia, le rompo la alma,
Y luego..... el divorcio á instar.

II.

De su amor á la pobreza
Blasonaba don Rufino,
El avariento mas fino
Que crió naturaleza;
Y es que, con muy buenos modos
Y caridad nunca vista,
Les daba á los pobres todos
Un hermoso.... *Dios te asista.*

III.

«¡Si no lo tuviera á mengua,
Le dijo á Luis cierto guapo,
Te arrancára aquí, hoy, la lengua!»
Soltóle Luis un sopapo
Diciéndole: ¿mostrad cómo?
Y el guapo, este arrojo al ver,
Sacó la suya, hizo un momo
Y luego escapó á correr.

IV.

De recién casada Pura
Con su primo Segismundo
Dió á luz un niño, al que el cura
Puso por nombre «Segundo.»
Y al saberlo el pueblo, es fama
Que felicitó al buen padre,
Por su ingenioso epígrama
A la honradez de la madre.

V.

Una señorita inculta
Y aún mas que esto presuntuosa.
Oyó, en cierta reunión,
Llamar á la lengua «idioma.»
Y al invitarla yó ayer
A almorzar, dijo orgullosa:
«Gracias, pues, poco ha, de un cerdo
Me almorce la idioma, toda.»

VI.

Blasonando de cristiano,
Dice de Pía el marido
«Se queda siempre dormido
Con el rosario en la mano;»
Más no dice cual debía,
Para que nadie lo dude,
«Qué, el rosario á que él alude,
Lo lleva en la espalda Pía.»

VII.

Frente al portal de un cuartel
Llegó Simplicio, montado,
Sobre un burro y al oír
De la centinela el ¡alto!
¿Quién vive? le contestó:
«¡Por Dios! no espares muchacho,
Que semos gente mu honrá
Yó y el pullino de mi amo.»

ANTONIO VALERO.

PERSONALIDADES ARTÍSTICAS.

Leopoldo Cano y Masas.

POR mas que se diga, el pesimismo de muchos en materias literarias, no está suficientemente justificado. Los motivos en que apoyan su desaliento, exagerado á todas luces, no tiene razón de ser, que todavía á cada hijo de vecino se le cantan las del barquero, en español muy aceptable.

Aun hay patria Veremundo; aun hay escritores que merezcan estima; aun hay críticos sensatos; aun hay público que hace repetir las ediciones.

El día que tai no suceda, daremos de mano á los cajistas; pero entre tanto, nótese que no todos son campos de desolación en la famosa Itálica.

Hoy entra en turno D. Leopoldo Cano, cuyo nombre pudiera decirse que es el de la eterna contienda de nuestros días, valga la frase. Naturalmente; un hombre de su talla y condiciones, no podía escapar á las corrientes mas ó menos razonadas de nuestra sociedad, y su personalidad había de ser objeto de animadas controversias. Así sucede en efecto, y á decir verdad, de ellas no salió muy bien librado.

Nakens, uno de los escritores mas honrados que tenemos en casa, ha dicho, que con nadie han sido mas injustificadas las censuras de los que ilustran la opinión, que con Leopoldo Cano. Bien, que todo esto, debe darlo al olvido el ilustre autor de *La opinión pública*. Recuerde cuanto escribió Alarcón del *Testamento de Isabel la Católica* no creyendo que pudiera entusiasmar al público, y nada le importe de los que quisieron molestarle con sus diatribas.

¡*El Testamento de Isabel la Católica, La Pasionaria!*... dos obras que no gustaron á los que—por su cuenta—se llaman inteligentes, y que sin duda alguna formarán época en los fastos de nuestras glorias artísticas.

¡*Cosí vá il mondo, bimba mia!*

Yo bien sé, que aquí, lo que menos se ha discutido, es precisamente lo que más debiera discutirse. Tal és, sin ambages ni rodeos, el mérito intrínseco del autor y sus obras. La inmensa mayoría ha hecho precisamente todo contrario; no se ha fijado en otra cosa que en las doctrinas que con más ó menos atrevimiento se exponen, y la moral en suma, que pueden encerrar. Procedimiento abominable

en todos sentidos, desde el momento que, solo puede conducirnos al error; además que aquí donde hay tanto *moralista de pera*, sienta muy mal y es de efecto detestable, sacár á relucir en la discusión ciertos recursos nada edificantes.

¿Pero és que se empeñan en que de ello se hable? ¿Quiéren que se digan y aquí-laten las tendencias de la obra creada, además del sentido artístico, del religioso ó como se quiera llamar? Pues vamos allá aunque bien apesar nuestro.

Creemos firmemente y tenemos la convicción mas absoluta que, el bien pensar y el obrar bien solo es patrimonio de los hombres buenos. La rectitud de los actos nunca puede subordinarse á la manera de ser de este ó del otro grupo, y mucho menos aquí, donde en opinión de un insigne publicista, hay pérfidos que quieren aumentar el número de objetos prohibidos para agrandar la lista de las tentaciones.

¿Quién no piensa que las acciones desdoran los principios?

Levante el dedo aquel que esté dispuesto á demostrar lo contrario.

En España, por desgracia nuestra, y salvo excepciones honrosísimas, la literatura se ha convertido en un campo de Agramante, tál, que ya no se examina otra cosa, mas que si el autor piensa ó nó con nosotros. Si lo primero, desde luego se le juzga como grande hombre y éi es quien se lleva nuestros aplausos; si lo segundo, ni conoce la gramática, ni tiene sentido común. Ahora me convenzo de que por algo se dice «la *república* de las letras»

Toda España y posesiones de Ultramar, son Cartagena.

Pero el recto de espíritu tiene que reconocer que hay bastante bueno, lo mismo en Tyrios que en Troyanos, y digno por lo tanto de fijár la atención.

¡Ya se vé! con eso que dice Alarcón de los escritores de la cáscara amarga, sin duda por que los suyos son excesivamente sabrosos—para él, lo serán—¿Como no marchar cada uno por tan opuestos derroteros, y sobre todo, con semejantes fines?

¿Tienen á lo mejor los maestros unas cosas...

La lucha está empeñada y tiene que ser tremolosa. Hay, hasta quien no le gusta aquello de los

... rezadores maestros pudibundos y contritos

que andan cambiando delitos á cuenta de Padre nuestros

y propone, no ya que se escriban dramas con determinadas tésis, sino que por medio de la novela se ponga al alcance de todos y de un modo más permanente las impresiones de ciertas ideas.

No tiene gran fuerza el consejo apuntado, y por eso creemos con el autor de *La Opinión pública*, que el teatro es un medio tan elocuente como el que más para que se hagan lado esas ideas.

Cada uno tiene su modo de..... entender las cosas.

Cano, por cierto, las tenía dichas muy buenas; había fustigado sin compasión á cuanto malvado moraba en la sociedad que le rodea; había dicho por boca de Marcial, aquella frase atrevidísima que, «para curarse de la vergüenza era menester salir de España,» y no contento con esto, creyó oportuno remachar el clavo y nos dió *Saetas y Tra-ta de blancos*.

¡Desnudez! ¡Osadía! gritaron los mo-jigatos, como si una sociedad que se desquicia tuviese derecho á algo. Todavía están demás las consideraciones que se la tienen..

Y no es decir esto que Cano sea considerado, de ningún modo,—por más que á cambio de una redondilla suya daríamos cuantas licencias pidiese—pero mayores crudezas tenemos oídas de sus enemigos y sin embargo nadie ha hecho alto en ello.

Ya que se habla de desnudeces, léase como verifica los pasajes bíblicos uno de nuestros más místicos poetas.

Allí me mostrarías

aquello que mi alma pretendía

y luego me darías

allí, tú, vida mía,

aquello que me diste el otro día.

¿Qué se piensa de esto? Hay que ponerse del lado de Campoamor: «sea cualquiera el simbolismo con que se quiera velar la significación de esta estrofa, es menester confesar que pocos autores modernos han podido llegar á la expresión de estas naturalidades tan sumamente naturalistas.

Cano, no transige con los términos medios ni mucho menos con las utopias; todo en él está definido. Cuando pretende analizar, nada deja que escape á su inspección; entiéndase, nada de lo que no deba escaparse. ¿Encuentra sucia la cloaca?, pues fuera la inmundicia.

Al poner la mano en la llaga, nada le arredrá. Sabe que hay un fin, y vá hacia él con sin igual valentía. Algunas veces se detiene en el camino, por no despreciar del todo á quien obstruye el paso, que hasta en esto es generoso, *le canta á su patrona*, y sigue adelante.

Académico hay, que hablarle de los versos de Cano y crispársele los nervios, es todo uno, y á veces echa por aquella boca sapos y culebras contra autor que tanto vale y niega el buen gusto y estro poético que resplandecen en *La Pasionaria*.

—¿Negar el buen gusto, dijo V?

—Sí señor.

—¡Bha!... es lo menos que puede esperarse de un académico.

La Ilustración Española y Americana aconsejó la supresión de ciertas composiciones en el libro *Saetas* con lo cual, dijo, ganaría bastante. No siga apuntando maese Pedro; sabemos cuales són. ¡Rencorossilla!

Y todo por la moral, esa pícara moral de algunos que, en sentir de Campoamor, siempre tienen preparada una hoja de parra para taparnos la boca con ella á todos los cristianos bien educados que si pronunciásemos una frase inculca nos quemaría los labios.

Más dejando á un lado estas disquisiciones siempre enojosas, reconozcamos que nuestro poeta domina el arte, porque nació artista, y que sus obras están llenas de bellezas tales, que asombra solo pensar la imaginación que las concibiera. Fernanfior con motivos sobrados, cree, que muchos versos de Cano, pasarán sin duda alguna al clásico romancero español, y es verdad.

El lema de Cano, es la concisión; através de cada uno de sus cantares descúbrese un mundo de ingenio y de filosofía. Veamos uno cualquiera, aunque tropecemos con la dificultad de la elección ante modelos tan acabados:

A la reja de la cárcel

No me vengas á llorar

Que hoy van á darme el indulto...

Mañana una credencial.

¿Cabe nada más hermoso ni más sincero?

Este es el pecado de Cano, la sinceridad. Por eso se le ha declarado guerra á muerte.

Sienta D. Leopoldo. Alas que, no basta querer ser naturalista, por ejemplo, sino serlo; y en este caso, dice, se encuentra

Leopoldo Cano. En cambio D. Manuel Cañete le parece extremada tanta realidad. ¿Cómo darle gusto á la crítica?

Confesemos que Cano es poeta «propio» por decirlo así, con escuela suya, ingenio suyo, y muy poco ó nada tomado de los que se llaman maestros, porque él resulta uno de tantos.

Háblase con frecuencia, de lo excéntrico de sus personajes y de cuan poco se parecen á los hombres que viven con nosotros. ¿Qué se parecen poco?... Mas valiera que no se parecieran tanto.

¿Qué retrata el vicio con todos sus horrores y le increpa con la mayor dureza? También Nin y Tudó pinta cadáveres por que es su género, y Horacio Lengua palomas, cumpliendo cada cual con sus deberes de artista. El poeta lo es tanto como el que más.

¿Qué su fusta es implacable? Mejor; las huellas que no apadrina la vulgaridad son harto visibles.

Y como Cano no retrocede fácilmente, allá á lo lejos se escucha inmensa algarabía de cuantos huyen á la desbandada. No temais.

Ván heridos de muerte por las *Saetas* del genio.

MARTÍN PIÑANGO.

CROQUIS MADRILEÑOS

ALFREDO KRUPP.



El telégrafo nos ha trasmitido la noticia del fallecimiento de este célebre industrial.

Krupp ha logrado hacer universal su nombre inventando y construyendo aparatos de guerra. Al morir deja una fábrica donde trabajan unos 22.000 operarios, una fortuna fabulosa, un nombre ilustre; el telégrafo ha llevado la triste noticia á todas las partes del mundo, los periódicos de todos los países han publicado su biografía.

Esta es la de muchos hombres.

Krupp ha sido laborioso, activo, inteligente y constante en el trabajo, condiciones que han reunido muchos infelices industriales que han muerto en la miseria y olvidados hasta de sus amigos.

Pero esta diferencia es la que señala

el destino á los mortales, apenas emprenden la accidentada senda de la vida.

La veleidosa fortuna, que cuando es constante en sus favores eleva al hombre á la mayor altura, y cuando se empeña en negárselos le arrastra á la muerte, al vicio ó al crimen; esa diosa, cantada por los poetas, perseguida por la humanidad y codiciada por el más humilde como por el más poderoso, es la que tiene en sus manos la gloria, la inmortalidad y las riquezas con las que todos soñamos.

Krupp inventando y construyendo cañones ha convertido la modesta fundición de Essen en una numerosa población industrial, tal vez de las de mayor comercio de Alemania, y se ha inmortalizado.

En cambio, el pobre soldado que abandonó la casa de sus padres, llamado por la patria, dejando á aquellos sin hijo y sin consuelo; ese, marchó á la guerra donde luchó como un valiente, y murió como un héroe, acribillado por la metralla que despedían las infernales máquinas del famoso industrial.

Para aquel soldado no hubo más lágrimas que las de sus padres; el telégrafo no transmitió la fatal noticia, la prensa no publicó su biografía: su cadáver permaneció horas y horas en el campo de batalla, y sobre él pasaron las ruedas de las baterías y patearon los caballos de los combatientes que le sobrevivieron.

Yo no niego mérito, ni trato de quitarle gloria al hombre que con su talento y con su trabajo hace una fortuna. Todo lo contrario: bien adquirida la tiene quien por tales medios la consigue: pero si obtuvo el fruto de sus desvelos, bien recompensado quedó. Que otros, como el pobre soldado que dejó de cultivar el campo que le producía para atender á sus necesidades, abandonó á sus ancianos padres, marchó á defender la patria y murió por ésta, sin conseguir otra cosa que el premio de Dios, en esa otra vida, que según la fé nos enseña, es eterna y justa, no dejan en pos de sí otras huellas que las impresas en las mejillas de los que les dieron el ser.

¡Cuántos millares de héroes desconocidos han muerto con la metralla que han vomitado los cañones de Krupp!

¡Ah! y cuánta gloria para este, y qué olvido tan injusto para aquellos!

—Tomad, soberanos,—diría el industrial alemán,—ahí tenéis el mejor derecho y la razón más poderosa, á pesar de la civilización y del progreso. Con mis cañones conservareis, y aun aumentareis, vuestros Estados.

Y las naciones todas se apresuraron á aceptar sus máquinas, enriqueciendo al inventor y colmándole de honores.

—Ven, que te necesito,—dice la patria al ciudadano.

Y este responde con entusiasmo al llamamiento; lucha, mata, pierde salud y hacienda por cumplir sus deberes patrióticos; y aun, cuando muere, ni la patria, ni el Estado ni sus compañeros tienen para él un recuerdo.

Al pasar revista después de la batalla, se suman las bajas, y el general dice:

Han muerto «tantos números.»

Esto es, al morir por la patria pierde su cualidad de hombre, y se le cuenta como cosa.

Estas consideraciones no he podido menos de hacerlas al leer la noticia de la muerte de Alfredo Krupp.

Para señalar una injusticia de la humanidad y hacer una protesta enérgica contra la razón de la fuerza.

Por lo demás, el dueño de la fundición de Essen es, á mis ojos, digno de todo el respeto y consideración que le ha dispensado la generación presente.

La industria metalúrgica ha recibido por él un poderoso impulso y una gran importancia.

Verdad es que desde 1860 el gobierno prusiano prestó á Krupp amplia y valiosa protección, sin la cual la fundición de Essen no habría alcanzado la importancia que hoy tiene.

Por eso decía al principio.

La veleidosa fortuna, cuando es constante en sus favores, eleva á su protegido á la mayor altura.

Ejemplo: Alfredo Krupp.

Por el contrario, si se empeña en negárselos, le arrastra á la perdición ó á la muerte.

Ejemplos: los pobres soldados que mueren en campaña.

Consuélanos que las recompensas mundanas son efímeras, y las que Dios otorga son eternas.

OSSORIO Y BERNARD.

18 Julio 1887.

MISCELÁNEA.

PRECIOS DE GRANOS EN ESTE MERCAUO

Chamorra	35 á 36	rs. fan. ^a
Idem ordinaria	32 á 33	»
Jeja	29 á 30	»
Candeal	32 á 33	»
Royo	28 á 29	»
Morcacho	22 á 23	»
Centeno	á 20	»
Cebada	á 18	»

ELIXIR DE ANÍS.

AGUARDIENTE DE VINO, SIN MEZCLA
DE ALCOHOL INDUSTRIAL.

Tónico.—Estimulante.—Estomacal.

10 rs. botella.—8 rs. litro.

Farmacia de Adau - Teruel -

Solita, ó amores archiplatónicos por D. Manuel Polo y Peiró.—Elegantemente impresa sobre papel satinado, con viñetas, tipos elzevierianos y cubierta á dos tintas, acaba de publicarse esta novela, original, de costumbres valencianas contemporáneas; y al precio de diez reales se vende en las principales librerías. El autor la remite también á correo vuelto. Por vía de prólogo lleva al frente una monografía sobre *naturalismo literario*, premiada en público certamen por la Sociedad Económica de Alicante con medalla de oro y título de socio de mérito. El autor (que vive Ruben, 7, Valencia) la remite á correo vuelto.

Gran suscripción musical, la más ventajosa de cuantas se publican; pues reparte además de la música de zarzuela que se dá por entregas y sin desembolsar un céntimo más, otras obras de regalo, á ELECCION DE LOS SUSCRITORES, cuyo valor sea igual al que hayan abonado para la suscripción.

Almacén de música de D. Pablo Martín=Correo, 4=Madrid.=Corresponsal en Teruel, Adolfo Cebreiro=San Esteban=5.

Las primeras brisas otoñales despiertan una grave preocupación en el ánimo de las señoras todas, y singularmente en el de las madres de familia. Hay que prepararse á recibir la estación de los frios, tan dura y prolongada, proveyendo á la necesidad de nuevos trajes, abrigos, sombreros, etc., ó de reformar los antiguos, y todo esto, mediante una

ordenada distribución del presupuesto doméstico; medida de prudencia, que en modo alguno se aviene mal con el buen gusto.

En estos casos es cuando principalmente se reconoce la utilidad y el valor práctico de una publicación especial que, como la antigua y acreditada *Moda Elegante Ilustrada*, pone al alcance de las señoras, sin distinción de categorías sociales, los medios de poder confeccionar *en casa* toda clase de prendas de vestir, para su propio uso y el de sus hijos, gracias á la considerable cantidad de modelos, figurines, patrones trazados en tamaño natural, y explicaciones minuciosas que da en cada número de sus cuatro distintas ediciones, cuyos precios varían entre 40 pesetas al año y 1,25 por tres meses.

La Administración de *La Moda Elegante Ilustrada* (Carretas, 12, principal, Madrid) envía gratis el prospecto y un número de muestra á cuantas señoras desean imponerse de las condiciones materiales de la publicación.

La Guirnalda, que ha realizado importantes mejoras en su texto publica grabados de modas y labores que en nada desmerecen de los periódicos de más lujo, y en su verdadera especialidad de dibujos para bordar es el que da pliegos nutridos de infinidad de modelos de la mayor utilidad para Colegios, Escuelas y para las familias todas, que encuentran en esta publicación, la más barata de las del bello sexo, cuanto pueden necesitar para sus labores y para vestir con elegancia. Es sin disputa la que más se recomienda al público.

La Correspondencia Musical es, sin duda, el mejor periódico de teatros, música y bellas artes que se publica en España. Los mejores artistas nacionales y extranjeros colaboran en él, y la música que reparte á sus abonados en cada número es selecta y de mediana dificultad. Se suscribe en el almacén de música y pianos del Sr. Zozaya, carrera de San Jerónimo, 31, Madrid.—Cuesta un trimestre 21 reales, y 88 el año.

A todos los que deseen estar al corriente de los adelantos científicos é industriales, conviene suscribirse á la muy acreditada *Revista Popular de Conocimientos Útiles* que se publica en Madrid. Las suscripciones se hacen dirigiéndose al Administrador calle del Doctor Fourquet, 7.—Cuesta por un año 40 reales; seis meses 22; tres meses 1.

Regalo.—Al suscriptor por un año se le regalan 4 tomos, á elegir, de los que hayan publicados en la *Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada* (excepto de los *Diccionarios*), 2 al de 6 meses y uno al de tres meses.

Teruel.=Imp. de la Beneficencia.